

Notas de la Banda



La batuta de Iraola no es batuta: es la varita mágica de las virtudes líricas: antena prodigiosa: vara de San José que florece en bellísimas armonías...

explosión de aquellos acordados y ajustados sonidos que producen deleite espiritual y hasta fisiológico, pues uno se siente mejor de salud después de aquellas gratas emociones acústicas. Los beocios son, en este caso concreto, los que oyen con indiferencia, los que no dan importancia a estas sesiones de música selecta y oírían con la misma pasividad y hasta con preferencia un pasaje de «Las Leandras».

También son algún tanto beocios los que pudiendo y debiendo dar a la Banda todos los elementos para su mejor organización y funcionamiento, regatean los medios para conseguirlo.

El reportaje que se hace en esta Revista tiende a la eficacia, aunque no se logre, que eso no es de nuestra incumbencia; por tal razón vamos a señalar deficiencias subsanables que hemos observado en una visita al local de ensayos de la Academia de la Banda.

De tan pésimas condiciones acústicas es el cuarto de ensayos que muchas veces no se pueden distinguir las equivocaciones y los planos de sonoridad salen completamente cambiados cuando la obra en cuestión se ejecuta en el kiosko de la Alameda.

La instalación del Archivo es asaz deplorable, pues a causa de la humedad que existe se echan a perder las obras del repertorio y perjudica también a los instrumentos que se guardan en el mismo local.

¡Cálculése el gusto que dará ensayar en el invierno en un departamento húmedo y frío, y dar lecciones de solfeo e instrumentos a criaturas que están tiritando!

Por lo mismo que la enseñanza es una función dura para el maestro y para el discípulo, hay que rodearla, en lo físico, de *confort*, de comodidad que hagan grata la estancia del profesor y del alumno.

Todo esto que decimos es fruto de nuestra propia observación y el maestro Iraola ha asentido a nuestros juicios pero nos ha dicho estas consoladoras palabras: «A pesar de todas las deficiencias, a través de todos los inconvenientes hay entusiasmo en los muchachos que componen la Banda: acuden a todas las obligaciones con puntualidad y disciplina y no faltan a los ensayos más que cuando hay alguna causa muy justificada».

Si nosotros nos halláramos en las alturas de la

Cuando en uno de esos domingos de turno, o sea que nos da un concierto la Banda Municipal de música, nos agrupamos en derredor del fementido kiosko los aficionados al arte de Bethoben, no se dan cuenta los beocios del esfuerzo que representa la

administración local seríamos esforzados paladines de una campaña que tuviera por finalidad dotar a la Banda de todos los elementos necesarios a su actuación: buen instrumental, academia bien instalada; y un nuevo kiosko, señoi; no de ostentación y lujo, que nadie pide eso, sino bien emplazado, capaz y con los requisitos acústicos de esta clase de construcciones.

Rentería quiso tener una banda decorosa y la tiene excelentísima: el maestro Iraola, el subdirector don Hipólito Guezala los profesores y los educandos han puesto y ponen todo lo que se les puede exigir: que el patrono, regateador y cominero, aporte lo que en justicia, debe aportar.

Veremos, dijo el ciego, lo que pasa en este orden de cosas musicales, hasta julio de 1933.

LOS «TXISTULARIS»

Si de algo podemos enorgullecernos los renterianos, ya es de esa magnífica banda de «txistularis» en la que Lizaso, Lizardi, Errazquin y Goñi han sabido combinar su alma de artistas amantes del país y sus costumbres con su virtuosismo y buen gusto en la ejecución del «txistu».

Estos modestos muchachos que desde principiantes subieron rápidamente al pináculo, por sus propios méritos, sorprendiendo y maravillando a todos los auditorios, no necesitan del calificativo elogioso: sus triunfos en diversos certámenes y sus frecuentes desplazamientos hablan por ellos y dicen bien claramente cuánto se les estima por ahí fuera.

Parece mentira que de un instrumento tan sencillo, tan rudimentario como el «txistu» puedan lograrse las maravillosas melodías que todos hemos escuchado a ese acabado conjunto que forman nuestros ya famosos artistas; como parece también increíble que se pueda llegar a esa maestría del gran Alejandro en sus solos, cuando domina como quiere y como le da la gana el instrumento, haciéndole reír, llorar, cantar o suspirar a su antojo. ¡Algo grande, señores!

A fuerza de convivir con ellos y de oírles actuar con relativa frecuencia pueda ser que los renterianos hayamos amenguado en la admiración por nuestros «txistus»; cuando salen para tomar parte en algún concurso va no esperamos con ansiedad qué es lo que pueden hacer, sino que les exigimos que sean los primeros. La convivencia ha cortado quizá alas al entusiasmo; pero no vale engañarse ante este espejismo, y basta mirar para fuera y contemplar el fervor admirativo que provocan nuestros «txistularis» en esas localidades en que los oyen, como supremo regalo, una vez al año, para convencerse de que son grandes entre los grandes.

Con la brillante Banda municipal que acadilla el maestro Iraola, estos tamborileros de casa—sencillos y modestos—que dirige Lizaso son un elevado exponente de la cultura musical de la Villa y de la atención que aquí se dispensa a todas las manifestaciones de orden artístico.

No sabemos si es factible llegar a mayor perfección; pero la afición al estudio, las virtudes de ejecución y entusiasmo de nuestros «txistularis» dan derecho a esperar que, dentro de su inimitable maestría, se hagan acreedores a nuevos motivos de elogio.